



Aristodemo - Un lugar literario

**Se incluye acá una selección de algunos textos del libro
"AÑORANZAS DEL BARRIO YUNGAY"**

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

María Teresa Hevia Gutiérrez

A medida que navegamos rumbo a la tercera edad, se precipitan en nuestra memoria diversas imágenes que evocan historias del pasado. Para rescatar parte de esos recuerdos, la Universidad Bolivariana invitó a personas mayores que vivieron o aún viven en el Barrio Yungay, para ser parte del proyecto "Voces de los Ancianos".

El 15 de Noviembre de 1999, con el apoyo del Comité de Adelanto del Barrio, la Universidad creó un taller literario destinado a recopilar cuentos, poemas e historias sobre situaciones vividas por las personas que lo conforman. Los autores, estimulados y guiados por el escritor e ingeniero, Gonzalo Rodas, produjeron más frutos de los que se publican en este libro, lo que quizás dé lugar a otra publicación en el futuro.

Esta obra agrupa los escritos por temas, para facilitar su lectura. En ella nos invitan a evocar nuestros propios sueños, al compartir sus vivencias de infancia, de la adolescencia y de la edad adulta, con lenguaje ingenioso y ameno. Algunos cuentos dibujan un retrato de lugares del barrio Yungay, como la Quinta Normal, que hoy ignoramos, aunque llegó a ocupar un lugar preponderante en la vida capitalina del siglo pasado.

Es sublime poder rescatar y compartir la riqueza que se esconde en la memoria de estos autores, que se refieren a vivencias y experiencias que nos llevan a reflexionar sobre nuestra propia existencia.

PRÓLOGO

Gonzalo Rodas Sarmiento

Cuando me pidieron hacerme cargo de este taller literario, acepté gustoso. Más que nada, por tratarse de una experiencia novedosa, orientada a recuperar la memoria histórica del barrio Yungay. Una iniciativa de la Universidad Bolivariana que, en algún momento, podrá extenderse a otros barrios.

Para desarrollar esta idea, se contó con la ayuda del Comité de Adelanto del Barrio Yungay, y se les pidió participar a las personas que disfrutaban de tantos recuerdos de cómo era la vida a mediados del siglo 20.

Trabajamos con algunos temas propuestos empezando con evocaciones de la niñez, como son la casa en que vivían, el colegio, las amistades del barrio, los personajes típicos que se veían en las calles y en los almacenes.

Poco a poco fuimos derivando a temas de ficción, ya que la creatividad observada en el taller fue notable. Cada semana me llegaban rumas de trabajos, todos ellos con algún elemento de profundo interés, a tal punto que fue necesario seleccionar sólo algunos relatos y poemas, para incluir en el libro, pues la cantidad total de ellos era enorme.

Al final de este trabajo quedo muy contento porque conocí a personas valiosas, que han aportado su arte literario, y merecen ser leídas.

Muy especialmente, invito a los más jóvenes a recorrer estas páginas que nos hablan de entretenidas aventuras vividas en épocas remotas, anteriores a la televisión, al celular, a la Internet, y a otros adelantos.

GARCÍA REYES, MI CALLE

Sonia Camus Durán

Es como cualquier calle de barrio, pero tiene su pequeña historia. Comienza en Alameda y termina en Mapocho. Yo vivo justo a media cuadra de donde habitó el escritor Nicomedes Guzmán, en un bloque de casas de dos pisos de más o menos ochenta años, y que fueron construidas con adobes y madera. Demolidas a comienzo de mil novecientos sesenta, quedó un solar que fue destinado a diversos usos.

Casi cuarenta años después, la Ilustre Municipalidad de Santiago hizo un reconocimiento a la prolífera obra de este escritor, colocando una placa recordatoria en casa de Iris, vecina del lugar, quien aceptó el testimonio y mantiene un bonito jardín que hace marco a este homenaje.

Mi calle fue vía de acceso para los tranvías que en la noche se guardaban en el depósito ubicado en Mapocho, y que hoy es sector habitacional. Las dos primeras noches no pude dormir, por el ruido, pero luego me acostumbré. Esto ocurría en noviembre de 1949.

Poco a poco fue cambiando el suelo de adoquines y los rieles fueron sepultados bajo el pavimento, pero con el pasar de los años han reaparecido.

Frente a mi hogar plantaron un árbol que hace la trilogía de las únicas especies de la cuadra. Por supuesto, los perros y gatos callejeros eran visitas asiduas a su base, y decidí sembrar trébol, cardenales y otras plantas, y aún así seguían invadiendo mi "Antejardín"; por eso, opté por las matas de tuna que crecieron, y que han sido la defensa a esta invasión.

Casi todas las casas de mi calle corresponden a distintos períodos de construcción. Las hay de adobe, ladrillos, y cemento, a veces todo mezclado. Y son de diferentes diseños. La mía es la típica casa colonial, con su techo muy alto y piezas estrechas. Actualmente, casi todas se han protegido con rejas, que nos indican que la época de tranquilidad y confianza ya pasó, pero de todas maneras le tengo amor a mi barrio y no lo dejaría por otro. Aquí están mis recuerdos, vivencias y logros. Son muchos años, en que esta calle ha cambiado de dirección en varias oportunidades, dando paso a afiladores de cuchillos y tijeras, y también a organilleros con en "Lorito de la suerte", chinchineros con bombo, y vendedores de pan amasado, maní confitado, mote de maíz, con el típico grito de "mote mei pelao el mote mei", que inspiró a Raúl Gardy para crear su sentida canción. Tampoco faltaba la leche de burra, ordeñada frente a la puerta, los carritos tentadores, con dulces bañados en miel, en forma de bolitas, y los ricos y populares "Colegiales". Otros productos en saco eran las papas y el carbón y todo tipo de frutos secos, por kilo.

Tengo miles de recuerdos que con el tiempo se han adormecido. Ya los iré contando a medida que éstos despierten. Por ejemplo, un día en que regresaba a casa, después de hacer algunas compras, no pude abrir la puerta; así de simple, me quedé afuera. Nena, mi vecina, hija de la pianista Mercedes Wilkinson y esposa de Hugo Carreño, que cantaba en la radio en la Hora Postal Telegráfica, trató de ayudarme, sin

resultado. Por casualidad, pasó por allí un joven, que yo apenas ubicaba, y se ofreció para tratar de abrirla. Apenas introdujo la llave en la cerradura, “zas”, ésta cedió, y ocurre que este gesto solidario, también abrió la puerta de mi corazón, ya que, pasados cuarenta días, comenzamos a pololear, y al sexto mes nos casamos.

Esto sería lo que llamaremos un final feliz, ¿verdad?

PLAZA DEL ROTO CHILENO

Luz Angelina Pino Álvarez

Era un veinte de Enero de 1979, se cumplían 100 años de la Guerra del Pacífico. Llegamos temprano a la cercanía de la Plaza “Yungay”, y allí estaban los destacamentos del Regimiento Rancagua de Arica frente a la Iglesia San Antonio de Padua.

Mis padres, acompañados de descendientes de la familia Rojas Guzmán, representaban a su abuelo que cayó como mártir en la Guerra de ese entonces. Hubo muchos regimientos tanto de caballería como de infantería, todos muy engalanados. El Regimiento Tacna impresionó con vestimenta militar de color azul, con ribetes rojos y botones dorados, el mismo modelo que hace cien años atrás. Eso es revivir la historia de hombres valientes que hicieron patria y reforzaron nuestra identidad nacional. Eran jóvenes, eran hijos de campesinos de la zona central que fueron obligados a enrolarse y adiestrarse para enfrentar al enemigo, con elementos tan precarios, pero suficientes para la época.

La plaza remozada y con flores de colores vivaces, fueron testigos del aniversario y centenario de esta parte de la historia.

A las 11 a.m. comenzó la misa. El sacerdote, en el púlpito, recordó en nombre de Dios a todos los jóvenes mártires mencionando a Cruz Martínez, cuya familia de Curicó, también estaba presente. La adrenalina y las lágrimas humedecieron algunos rostros.

Las autoridades militares se dirigieron al público con arengas patrióticas de libertad y bravura de esa contienda fratricida que es de esperar no se repita nunca más.

El barrio organizado ofreció comidas típicas y un buen vino y empanadas. Bailes de esa época fueron muy aplaudidos por embajadores de países europeos.

La tarde se fue esfumando con el tibio viento para entrar a la negrura de la noche, los faroles de luces mortecinas, también entraron a un sueño que se despierta cada enero en un día veinte, mientras la historia de Chile, nunca se olvide de sus mártires

Guardo desde entonces una banderita chilena, de seda, ajada por los años, y una fotografía con mis padres para atestiguar esa inolvidable ceremonia histórica.

EL TEATRO CHILECTRA

Ximena Rojas González

Camino..., me paro en la esquina de Catedral y Sotomayor..., y ya no está...¿no está?

En toda la esquina, funcionaba un restaurant donde se reunían los hombres oscuros de aquel entonces. Pegado a este negocio, una puerta de dos hojas al costado de Sotomayor, había un teatro. El teatro de Chilectra. Este establecimiento tenía más de cien años y nos fue presentado y cedido en tal calidad para que los damnificados del terremoto de 1985, de la zona centro, hiciéramos uso para diferentes actos con el fin de

reunirnos y juntar fondos para hacer un comedor. A éste le pusimos "Comedor de Chilectra".

Este recinto recreativo de los años veinte estaba en un abandono total, y los ratones se paseaban por el proscenio. Eran unos inmensos pericotes, tanto que los felinos desistían de cazarlos, pues algunos eran más grandes que ellos. Haciendo piruetas y ruidos raros, demostraban algunos de ellos indiferencia porque no se movían al acercarnos. Parecían coipos, su abundante cuerpo se debía a la caza de pichones de palomas que anidaban en los aleros del teatro. ¡Qué días aquéllos! Nos tuvimos que hacer los amables y agarrar a escobazos a esas bestias. Enseguida, pedir refuerzos a nuestros maridos, amigos, hijos, amantes, primos, hermanos, etc. Para que nos ayudaran a correr las butacas y hacer un aseo completo, virutillar, encerar y pintar las paredes y puertas, reforzar el proscenio, arreglar las butacas, que sumaban 200. Nos organizamos, y turnándonos entre treinta personas logramos poner en pie el establecimiento. Mi marido formó un equipo y dirigió todo lo concerniente a electricidad, y Chilectra se cuadró con el alumbrado gratuito.

La señora Graciela de Balmaceda nos cooperó con las cortinas de terciopelo azul en excelente estado, para reemplazar unas que ya estaban muy malas. Con las nuevas cortinas el recinto cambió muchísimo, dando un aspecto de mucha seriedad y elegancia.

Fue fantástico el día que ya funcionaba como tal. Lo primero fue un cóctel para las 45 personas que limpiamos el recinto. Después de esto hicimos, a modo de inauguración, un baile para el vecindario y público en general. ¡Flor de fiesta! Económicamente, éxito total.

Fueron días, semanas, años que el tiempo se llevó.

Los actos y funciones que fuimos creando para recreación al público fueron muy variados, con la cooperación de personas amables. Hicimos bailes y danzas, concursos y también un pequeño grupo de teatro, músicos, mimos, ballet, y hasta números circenses.

MARCELITA

Ube Chávez Acevedo

Todos los días y, por lo general, cuando debe asistir a clases de la Escuela Normal N° 1, Marcelita y su mamá conversan, se ríen, intercambian ideas y proyectos. Tienen ese tiempo especialmente en la mañana, cuando María Angélica peina los lindos y ensortijados cabellos de su hija, entretejiéndolos con mucho amor y cuidado, en dos trenzas, ordenando así su pelo, para que vaya muy bien presentada y correcta a su colegio.

Marcelita tiene cinco años y muchas dudas que resolver, como esta pregunta, que sorprende a su mamá:

-Mami ¿yo me puedo convertir en hombre?

-Mira, Marcelita, tú naciste mujer y eres muy linda.

-Sí, lo sé.

-Bueno, como niña, puedes usar lindos trajes, joyas hermosas y, como tanto te gusta, puedes usar también tacones altos, pintarte los labios y, lo más importante, puedes tener hijos y ser una muy buena mamá.

-¡Todo eso lo sé, mami! Pero, tú no me has entendido, ¡yo sólo quiero ser hombre para poder hacer pipí parada y nada más!

ACUARELAS

Alicia Campos Cotapos

Luis fue siempre un niño muy callado. A nadie le contaba sus sueños, llenos de aventuras extraordinarias, en los cuales él se convertía en el héroe que llegaba volando, siempre a tiempo, para salvar a otros niños, que iban a ser devorados por un dragón inmenso o arrasados por un huracán... Entre esos niños había, a menudo, una chica morena, muy seria, que lo miraba intensamente.

Luis plasmaba sus sueños en cuadros, pintados a la acuarela, que le valían estupendas notas en el colegio, pero no revelaba a nadie el secreto del origen de sus obras de arte.

Así fue creciendo. Sus padres pensaban que sería un gran pintor, pero al hacerse mayor fue perdiendo, en forma paulatina, su cualidad creativa, que añoraba.

Ingresó a la universidad, a la carrera de pedagogía en castellano, y casi todas las tardes iba a estudiar a un parque cercano a su casa. Añoraba la época en que, con mucha frecuencia, nacía una nueva acuarela de su pincel...

Un día, al llegar al parque, encontró que el lugar en que él se sentaba a soñar, estaba ocupado por una joven morena que, a grandes rasgos, pintaba una acuarela bellísima, sin tener a la vista ningún modelo a seguir. Se sintió invadido por una sensación extraña que, en el momento, no supo definir y que lo hizo abandonar en silencio el lugar.

Al día siguiente volvió al parque, acercándose en forma directa a la joven, pues ya sabía que ella era la chica morena que siempre había dibujado en sus sueños, desde su más lejana infancia.

EN EL CIELO RONDAN VOCES

Eliana Castillo Salinas

-La niña María ha salido en el baile, baila que baila, que baila...

Entre los recuerdos más bellos de la niñez, se encuentran los juegos. Estos formaron parte de mi vida en esa época. A veces los evoco con nostalgia... ¡Cómo olvidarme de las rondas, el Luche, Pasen pasen niños, la Tiña, y tantos otros!

A lo largo y ancho de nuestro país, casi todos los niños nos entretuvimos con estos pasatiempos, en los que todos éramos uno.

Para mí era una odisea salir a jugar. Aunque ya hubiese hecho mis tareas, tenía que esperar, sin moverme, que mi abuela Negra terminara de zurcir, con su huevo de palo, las papas de los calcetines. La ansiedad me consumía al escuchar los gritos de apremio de mis amigas, llamándome, en el callejón. Mi abuela ni se inmutaba...

La única señal positiva, para mí, era cuando ella cortaba con sus dientes la pequeña hebra, sobrante de la última puntada, y luego verla pararse sin esfuerzo de la silla de mimbre, la que crujía contenta al verse libre del peso. Sus manos rugosas sacudían su falda y, entonces, me miraba, diciendo:

-Puedes salir.

Mis zapatos se alaban para llegar a la puerta. No alcanzaba a escuchar todas las recomendaciones, me las sabía de memoria. Sólo la hora de volver era importante. Aún la escucho:

-Hasta las seis...

No puedo olvidar, porque a cada rato preguntaba por la hora.

Una vez afuera, mis pulmones se llenaban de aire fresco. Me llegaba a doler el pecho, me sentía libre, como un pájaro... Al ingresar al juego no necesitaba decir ni una palabra, cortaba la ronda, mi pequeña mano se aferraba a otra y comenzaba a girar, cantando a todo lo que daba mi voz...

En esos momentos no existía rencor o temor, aunque en la mañana hubiera peleado con alguna de ellas en la escuela, sacándoles la lengua, seguido del movimiento despectivo de la cabeza, llamado desprecio infantil. Algo sin importancia, pero a veces con terribles consecuencias: ser acusada a la profesora. Ésta nos hacía pedir perdón a la afectada y, luego, darle un abrazo.

Muchas veces olvidé la promesa de no pelear, y grité:

-Acusete, tira cuete, cinco panes y un bonete...

Las rondas, ese dar vueltas y vueltas, sin parar, entonando: La niña María, Alicia va en el coche, y tantas otras... En ellas me sentí princesa, bailarina, y hasta el peine de cacho de la abuela, con el que me desenredaba el pelo, y que me dolía tanto, se transformaba en el peine de cristal usado por Alicia.

Con las cosas más simples inventábamos juegos, todo era asombroso. Con esos juegos aprendí que ganar era bueno, y que perder tenía un lado triste, pero que, esforzándose, podía ser mejor.

En las rondas sufrí el mal de la envidia, cuando no me sacaban para estar en el centro, y aprendí que, a veces, el ganar era perder amigas.

Cuando la casualidad me junta con alguien, que fue de mi tiempo, aunque pertenezcamos a espacios distintos, recordamos las rondas y las tatareamos... Muy dentro de mí pienso que, en algún momento de nuestra infancia, las voces se unieron en la enorme bóveda ultra azul del cielo, y deleitaron a más de una estrella...

Carolín cacao, leo, lao...

EL CONVENTO DE LAS MONJAS DE LA CARIDAD Cristina Guerra Alarcón

Cruzando un viejo puente se puede divisar, a lo lejos, un poblado de coloridas casas de madera, con techos de totora. Al final del camino, perdido entre los árboles, se encuentra el convento de las Monjas de la Caridad. Cuando el sol recién sale, entibiando apenas, con sus débiles rayos, las religiosas comienzan un nuevo día de actividad.

Esa mañana, la Madre Superiora llamó a todas las monjas de la congregación para comunicarles una desagradable noticia.

-Hermanas, muy a mi pesar, debo decirles que he recibido innumerables quejas de los vecinos del sector, por el gran bullicio que se produce en los gallineros, y que no los dejan dormir en toda la noche.

-Madre, ¿será por causa del gallo que nos regaló don Damián? Es muy agresivo, pero parece que a las gallinas les agrada, porque se pelean entre ellas por ser su favorita.

-Cómo se le ocurre, hermana Teresa...! El caso es que vamos a tener que devolverlo y cambiarlo por otro más pacífico. Usted, Hermana, se hará cargo de este asunto.

Así se hizo. Todo volvió a la normalidad, pero a las dos semanas, algo peor ocurrió. Las gallinas se negaban a poner huevos, y éstos se hicieron tan escasos que las monjitas ya no pudieron dar cumplimiento a los numerosos pedidos de tortas, pasteles y otros manjares tan apetecidos por el pueblo.

Esta simple situación se fue complicando hasta causar un verdadero efecto dominó, porque el cura de la parroquia estaba muy preocupado por la disminución de bautizos y matrimonios entre sus feligreses, quienes preferían postergar la celebración de estos sagrados sacramentos mientras no contaran con las deliciosas tortas preparadas por las Hermanitas de la Caridad.

Entonces, el párroco expuso este problema a la Madre Superiora, y ésta su vez, llamó a la Hermana Teresa para que conversara con don Damián y se hiciera el intercambio de gallos, que tantos dolores de cabeza habían ocasionado en el Convento y en la Parroquia del pueblo.

BAILE

María Teresa Heredia Moraga

Adriana le había pedido al viejo pascuero un par de zapatos de charol negro. Aquella tarde debía bailar en la fiesta de fin de año. Se sentía nerviosa, puesto que iría a una representación a la que también iba a asistir el Embajador de España.

Sus padres habían emigrado desde España. Ella era chilena, pero también vibraba con la Madre Patria.

Empezó el espectáculo a las seis de la tarde. Había muchas representaciones artísticas, cual de todas más bonitas. A Adriana le correspondía bailar flamenco. Se sentía feliz y expectante. Empezó la música, y también empezó Juan, su compañero, con los primeros pasos. Ella se sentía emocionadísima, a sus catorce años bailaba por primera vez. Su vestido era rojo cardenal, con varios vuelos de distinto color. Adriana había bailado antes, pero nunca frente a tanta gente, que batía palmas.

Transcurría el baile. Todo era algarabía. De pronto, en un zapateo que le correspondía hacer, sintió algo extraño en su pie derecho, y quedó bailando con un taco menos. El susto y la vergüenza se apoderaron de ella, así que continuó como si nada hubiera pasado, hasta terminar la pieza de baile. Salió presurosa del escenario, pero Juan la detuvo para que recibiera los aplausos, que eran atronadores. Sí, todo había sido un éxito.

EL PAÑUELO

Raquel C. López Quintanilla

Alguna vez viví en un departamento en Santiago. Eso fue para mí un poco traumatizante, acostumbrada a vivir en una casa grande, con toda mi familia. Pero, vuelvo a lo del departamento.

Con mis hijos lejos, uno en Miami, otro en Valparaíso y los restantes en Santiago, no me queda más que la pensión y unos cuadros donde aparece la familia.

En una ocasión estaba muy sola y triste. Entonces, quise que alguien notara mi estado de soledad, por lo que decidí dejar caer mi pañuelo, para que alguna persona se diera cuenta de qué altura caía y subiera a preguntarme si lo dejé caer o, por casualidad, había volado de mis manos.

Antes de desprenderme del pañuelo, olí muchas veces ese perfume que siempre me acompaña. Pese a estar en un décimo noveno piso, en pleno centro lleno de smog, esperaba que mi pañuelo llegara a la retina de alguien, pero no pasó nada.

Pensé en gritar fuerte, pero antes apreté la almohada en mi boca y enmudecí mis auxilios.

¿Qué fue de mi familia?

CON PENA Y SIN GLORIA

Irma Cornejo Serra

Luego de sus oraciones habituales, las monjas se recogieron a sus celdas. Había sido una jornada dura, ordenando todo en el convento, pues la visita programada del Obispo sería ese fin de semana. Vencidas por el cansancio, se abandonaron rápidamente al sueño, no así la hermana Ángela, quien cumplió tareas en la cocina, afanándose en la preparación de pastelillos, tomados al pie de la letra del recetario que trajera la Madre Superiora, de su último viaje a un Congreso en Francia.

Aunque la hermana Ángela no había hecho sus votos, ya demostraba condiciones para llevar una vida austera en la Orden, pero esa noche, con el olor de los manjares impregnado en sus narices, se daba vueltas y más vueltas en la cama, en medio de su pecado de gula contenida, ya que la Madre Superiora no le permitió llevarse nada a la boca. Incluso, fue la monja jefe de la cocina, quien degustó las exquisiteces.

Cerca de la medianoche, la hermana Ángela fue vencida por el demonio de su estómago y, sigilosa, abandonó el dormitorio, camino a la cocina. No fue la única en llegar hasta allí. Reclinada sobre la mesa, la Madre Superiora dormía con un bizcocho en la mano.

UNA DE PELÍCULA

Miguel A. González San Martín

Sumamente rubia la oxigenada, y muy joven, estaba en la entrada de un cine del Centro; bajo la marquesina. Miraba la cartelera: la de más arriba, la de más abajo...; como inspeccionando foto por foto. Y en verdad, súper rica la tonta. ¡De película! Y me digo: "Si mira su relojito, es señal de que está esperando a alguien".

Como no lo hace, yo, muy disimuladamente, me acerco para comprobar si tiene reloj en la muñeca. Lo tiene.

Continúa paseándose. Como no mira su reloj ni por casualidad, cacho la movida: "¡Tate! Esta huachita... quiere, quiere..."

Y le hablo.

Me sonrío como si me conociera de toda la vida.

Conversamos un poco y la invito a ver la función.

-¿En serio? -exclama ella, como sorprendida y abriéndome encantadoramente el cielo de sus ojos.

“¡Oh, my God!...”, me digo yo. Y el gil paga dos entradas.

Una vez adentro, y mientras avanzamos por el pasillo en penumbras, me comenta con entusiasmo:

-¡Hacia días que quería verla!

Encontramos un par de butacas por ahí, y nos acomodamos, dispuestos a disfrutar. Ella, de la película, y yo...

Luego de susurrarle algunos comentarios acerca de los actores; a los que ella no dice ni pío, quiero posar mi mano sobre la suya, pero no sé si por casualidad justo en ese momento la retira, buscando un pañuelito en su cartera. Como no está claro el asunto, dejo pasar un par de minutos para atacar de nuevo.

Pronto, como que no quiere la cosa, intento pasar un brazo por detrás suyo. Es lo típico, en estos casos; pero, me lo bota con un fuerte sacudón de hombros, a tiempo que hace un gesto agrio con la boca:

-¡Ts...!

Y continúa viendo la película, como si yo no hubiera existido nunca.

Naturalmente, quedo más desabrido que mermelada de almeja. Para disimular el plumazo, y queriendo escapar con algún decoro, dejo pasar otro minuto.

Me inclino un poco hacia ella y le susurro en el oído:

-Voy al foyer por un paquete de dulces. ¿O prefiere una bebida? ¿Qué le traigo?

Y ella, "al tiro":

-Chao, no más.

MILAGRO EN EL PUEBLO

Noelí Suazo Roman

Y relinchó la potranca.
Hubo de verse alguna sombra
muy cerca de la casa.
Se levantó don Facundo;
revisó con esmero toda la propiedad.
Nadie. No había "naiden".
Aunque gemían los perros
y a destiempo cantó el gallo.
Volvió a mirar con cautela:
de este a oeste,
de norte a sur, como en cruz...
No vaya a ser... ¿...?
Nada vio.
El cielo estaba claro,
limpio de nubarrones.
Llegó con frío a la cama.
Helada estaba la Ester,
tiritando le decía: que ella sintió...
Él no le quiso escuchar. Leseras.
"Lesuras de una mujer".
"Miren que el maula...
o algún fantasma perdió"

rezongó.
Ella prefirió callar.

Llevaban diez años casados,
y de hijos...
algo de empeño.

¿Alguien sabrá lo qué pasó?
O ¿sería el alboroto?
El caso es que a los nueve...
en vez de un hijo, llegaron tres,
¿Quién haría el milagro?

GABRIELA

María Edith Muñoz Salazar

¡Cómo pudiera tener tus manos!
Con ella diste cariños en la adolescencia tuya,
y comenzaste a hacer versos.
Dulce cariño de madre,
fuiste sembrando en tu sendero,
como paloma que busca su alero.
En las aldeas áridas fuiste flor, que te enredaste
como el copihue en la naturaleza.
De tu lápiz nacieron hermosos poemas,
Gabriela, fuiste un manantial,
y te envolviste en tus aguas,
dando alegría y amor
a la infancia de ayer y del mañana.

MI DUENDE

Sonia Camus Durán

Soy casi octogenaria y mi gran afición es escribir cuentos, poesías y pensamientos.

En realidad, yo no soy la creadora de todo lo que ocurre en estos escritos. El que genera las ideas, y me obliga a volcarlas al papel, es un duende que empezó a insinuarse en mi vida a muy temprana edad. Es cinco o seis años menor que yo, pero se impuso desde el comienzo y cuando menos lo esperaba.

Comencé a sentir su presencia y aprendí a conocerlo cuando en mis juegos de niña solitaria, hija única, él me guió para sustituir los juguetes que faltaban. Por ejemplo, para el juego de dormitorio de madera me sugirió que vistiera la cama con pañuelos y una linda servilleta bordada como cobertor; también estaba la mesita de noche o velador, el ropero con sus dos puertas y el peinador, en el que me indujo a colocar un concha de almeja como lavatorio y otra, más pequeña, para el jabón, que podría ser un poroto o una lenteja, y un dedal que contenía el agua.

Mi adorado jueguito de loza, compuesto de cuatro tazas, azucarero y dos teteras, una para el agua y la otra de lechero, lucía espléndido en la mesa, compuesta de seis u ochos cajas de fósforos, forradas con un trocito de seda amarilla, que recorté de un género que mamá guardaba por meses en su costurero.

Algunas maldades que mi duende me hacía cometer daban lugar a un reto de mamá, que prontamente olvidaba, pues gracias a sus ideas lograba que mis juegos fueran más entretenidos.

Cuando algún alimento no me gustaba, él me inducía a cambiarle el nombre como cosa lógica. Así, el chupe de guatitas pasó a ser “almorrocado”, la salsa rubia con carne y papas era “jaquequina”. Mi madre padecía de jaquecas, talvez este hecho lo explica. El charquicán, con sus papas, las dichosas zanahorias y verduras surtidas, formaban en el plato un montículo en cuya cima, imaginariamente, se refugiaban mi muñecas. Feroces indios, guiados por este “Trasgo juguetón”, eran inducidos a capturarlas, mientras la cuchara o el tenedor, que la valiente Sonia esgrimía, daba cuenta de los salvajes que finalmente eran comidos para que no quedaran huellas de los feroces enemigos.

Más adelante, ya en la adolescencia, mi lápiz volaba, influido por este pequeño demonio, anotando pensamientos y misivas dirigidas a pretendientes imaginarios.

En la adultez comenzó la etapa romántica, y todo o nada hacía llegar al papel lo que este minúsculo gigante introducía en mi mente impulsándome a escribirlo.

Podía ser un paisaje, un trozo de música, una frase descolgada de un parlamento, el bramido del mar enloquecido por la tormenta, o el beso prolongado de la marea sobre la dorada arena de la orilla. O el susurro del viento suave y perfumado que llegaba a mi jardín. Junto con los aromas, allí estaba mi duende, sugiriendo, dictándome las palabras, las frases que yo después daba y doy a conocer como propias.

No importa si estoy en la ducha, cocinando o dormida. A las tres o cuatro de la mañana, desvelada por sus ideas, se pone mi mente en alerta para ejecutar sus dictados. Es avasallador, ni siquiera pide permiso para guiar mi mano, que dócil y rápidamente debe procurarse lápiz y papel. Este puede ser una hoja de cuaderno, las orillas blancas de un periódico o revista, y hasta unas hojas de papel higiénico sirven, dada la premura con que el duendecillo me presiona. Y si no obedezco a su demanda, con la rapidez con que se adueña de mis pensamientos, éstos se escapan como aletear de mariposas en agitado vuelo, y se alejan pasando al olvido del que ya no los puedo recuperar.

Hasta ahora, es un tanto mandón, algo oportunista y muchas veces inesperado. Puede que parezca desagradable, pero no me genera anticuerpos, al contrario, lo quiero mucho pues creció conmigo, casi como un hermano ya que siempre ha estado en mí, como el amigo imaginario de la niñez, como un príncipe encantado en la adolescencia y como el amante tenaz y posesivo en la adultez.

Mi duendecito es muy versátil. Puede presentarse alegre o triste, místico o irreverente, conocedor de la mente humana y sus debilidades, o ingenuo como un niño al que no le han sido revelados los misterios del porvenir. No hace preguntas, impone sus fantasías, y mi obediente mano escribe sin vacilar ni poner obstáculos. Porque, debo afirmarlo, me agrada la totalidad de lo que propone.

Me invade en el momento menos pensado, y lo veo como un elfo misterioso o como un trauco envolvente. Esos seres mitológicos, que talvez mis ancestros enviaron para cumplir la misión de hacer mi vida más agradable, mimetizados y personificando a

este duende al que, con docilidad increíble, le he seguido la corriente. Pienso que algún día pueda dejar de dominarme y sea yo la que maneje las ideas y consiga decirle:

-¡Ahora soy yo la que manda y dispone!

Sólo me asalta una duda... ¿se me ocurrirá que escribir?....

NIÑA EN EL BALCÓN

Luz Angelina Pino Álvarez

Caminaba hacia Matucana por la calle Huérfanos. La superficie empedrada mantenía aún la historia del siglo diecinueve. Árboles de gruesos troncos levantaban trozos de veredas con sus raíces. Era el año mil novecientos veintitrés... Todavía se conservaban casas con frontis pintados, los faroles alimentados de resina, la luz eléctrica era de muy baja intensidad.

Miré hacia arriba y divisé a una joven de rostro muy hermoso, que dirigía sus ojos al cielo de esa desolada mañana. Sus brazos torcidos y sus ojos turnios permitían decirme que era una niña con una invalidez de cuerpo y mente.

Pensé en la pobre madre que tendría que cargar hasta su muerte con la responsabilidad de ella.

En la esquina de Herrera había un emporio muy antiguo, y recuerdo que entré para comprar galletas “Chiquitín”, que eran tan sabrosas. Le comenté al vendedor que era italiano, si conocía a la niña. Éste me dijo:

-Hace mucho tiempo, una jovencita muy linda, de unos quince años, se enamoró de un alemán, y a pesar de que no era aceptado como novio por sus padres, se supo de un embarazo. La llevaron hacia el campo, y al poco tiempo volvió con esta bebita, enferma, inválida. Dicen que ella se fajaba para esconder su secreto... Y ahí está, la sacan a tomar sol al balcón todos los días. Lo padres murieron y esa pobre mujer, hasta hoy, carga con esta enfermita.

Seguí por Huérfanos, en dirección a la Quinta Normal, sirviéndome las galletas, y no quise mirar ningún otro balcón. Sólo las mamparas por donde se abre la vida y se cierran las esperanzas.

BELLA MARIPOSA

Ximena Rojas González

Cuando viene al mundo un ser, éste no trae la conciencia desarrollada a tal punto de determinar lo bueno y lo malo que le tocará vivir. A medida que se desarrolla, con lentitud se llega hasta adquirir la llamada “madurez”. En ese proceso, confuso por lo mismo, se viven etapas, con principio y fin; y a veces sin terminar, sepultadas en la nada.

No recuerdo en qué año del Siglo XX, yo no estaba aún, nació un ser adorable, de una unión de una mujer algo trastornada y de un hombre que se aprovechó de la situación mental de esta mujer.

El producto de una unión desafortunada fue una bella y rubia bebita, cuyos grandes ojos azules alegraron talvez a su trastornada madre. Por lo mismo, se destinó a la pequeña a hogares sustitutos para su crianza. Ella, sin entender su situación, derrochaba alegría y luminosidad, con sus grandes ojos azules, su blonda cabellera y su belleza infantil, en esos hogares que el Estado disponía para estos infantes.

Crecía nuestra heroína, pero el destino le reservaba perversas jugadas que marcaron su vida, como tener que bañarse en tinas de aguas ya usadas por todo el núcleo familiar, la última era ella, saturándose de mugre asquerosa, ¡pobrecilla!

En uno de estos lugares fue violada por un ebrio, a los cinco años de edad, por lo que se la destinó a una institución, para librarla de futuros abusos y tranquilizar su espíritu.

Y así transcurrió el tiempo, de imago a larva, prisionera en una funda fría y distante del sol, y ella esperando salir a la luz, sigue su vida.

Esperanzada que lo que viene de la luz es su realización, en un mar de luces y fosforescente realidad.

Inconscientemente y con poca madurez, el destino determina a la naturaleza para que ésta, con una varita mágica, convierta a esta adolescente crisálida en una emergente belleza juvenil. Pareciera que el tiempo apadrinara el posible vuelo de esta beldad, cuyas incipientes alas se despliegan y se baten en un simbólico movimiento de mecerse en el aire.

Y así nuestra querida y maravillosa mariposa se desplaza, de flor en flor, pletórica de dicha, realizándose, acariciada por el aire, pareciera que todo y todos le admiraran su paso por el mundo. Sus fantásticos vuelos no descansan nunca, su paso va llenando de luminosidad y embelleciendo todo lo que miran sus ojos azules, hasta que, entre sus mágicos vuelos, cae prisionera de las fatídicas espinas que destrozan sus bellas alas.

Una vez más la naturaleza le repone su vuelo y cura sus heridas y así, como su luminosa cara regocija a las muchedumbres que la admiran, ha sido bendecida por la naturaleza generosamente, restaurando y aumentando su hermosura casi perfecta.

Pero, hay heridas muy profundas que curar, heridas que natura no puede sanar, y que están ahí, abiertas. ¡Pobre mariposa! Ya no es la misma, sólo su belleza exterior no deja ver su dolorosa realidad. Presiente su vuelo final, el más importante, el más bello, la sonrisa más hermosa, la mirada más perfecta, va dejando una estela de su fantástico vuelo, cuando bruscamente se recogen sus alas, quedando sus ojos azules abiertos en un definitivo adiós.

¡Gracias, Marilyn, por pasar por este mundo!

ODIADO Y QUERIDO

Ube Chávez Acevedo

Hace tiempo que deseo decirte lo que pienso, lo que siento, y lo que significas para mí.

Me costó mucho relacionarme contigo. Me avergonzaba de ti. Me incomodabas, pero luego todo fue cambiando, lentamente, y hoy me eres muy necesario. Dependo mucho de ti.

Jamás te niegas a acompañarme, aún en los momentos en que reniego de ti.

Me sorprende tu paciencia y me gusta saber que siempre cuento contigo, pero estoy cansada de tu silenciosa compañía. Preferiría escucharte alegar. O que me digas "¡No! Hoy no te acompaño".

Sin embargo, estoy segura que, si te dejas, ahí estarás a mi regreso.

¿Sabes? Estoy decidida a separarme, como lo he dicho otras veces. Quiero andar libre y sola, como antes de tenerte, pero tú apoyas mi mano, mi brazo, mi cuerpo,

porque me he vuelto a caer... ¡Tú! Sales del rincón del closet, donde te guardo, y llegas nuevamente a mí.

¡Odiado y querido bastón!

ÑA FRAGATA

Alicia Campos Cotapos

En el pueblo nadie sabía su verdadero nombre. Todos la llamaban Ña Fragata, y ella nunca se había molestado por ese apodo.

La verdad era que no recordaba haberse llamado de otra manera, ni siquiera en su ya lejana infancia. Si buscaba en su memoria, le sonaba un nombre parecido a Renata, pero ella prefería ser Ña Fragata.

Nunca supo cómo era una fragata, sólo sabía que se trataba de un barco. Imaginaba ir navegando por el mar, que nunca conoció, enfrentando las altísimas olas, avanzando muy rápido, para llegar a un gran puerto.

A veces, caminando por la calle, le pasaban esas ideas por la cabeza. Entonces, se desplazaba moviendo sus anchas caderas, con los largos cabellos sueltos al viento, una enorme sonrisa y los ojos iluminados. Iba feliz, era una fragata...

Para su sustento lavaba ropa ajena. Recorría las casas entregándola, sonriente, envuelta en sus ensoñaciones; cada casa se convertía en un puerto que Ña Fragata tocaba, y cada niño que le abría la puerta, en un posible grumete...

Tenía un niño preferido, hijo de su vecina más cercana. Se llamaba Nicolás. Era pequeño de estatura, aunque ya había vivido ocho años. Estaba muy débil, a causa de un mal que, ni la curandera del lugar ni el médico, que venía una vez al mes al pueblo, habían podido conocer.

Ña Fragata alargaba la entrega de la ropa en la casa de ese niño. Con sus escasos recursos compraba algún caramelo para él y, a veces, si la vecina tenía que salir, lo acompañaba un buen rato, contándole cuentos que inventaba, todos relacionados con barcos, mares lejanos, puertos desconocidos y hasta magníficos tesoros...

-Cuando seas grande serás el grumete más importante de mi fragata... Casi el capitán... Y, cuando encontremos un tesoro... ya no lavaré más. Y tú estarás hecho un hombre, fuerte y sano, y podrás ayudar a tu madre... Juntos conoceremos el mundo... -le decía.

El niño la miraba, sonreía apenas, cada vez tenía menos fuerzas, ya ni podía ir a la escuela... pero, estaba preparando un regalo para su buena amiga Ña Fragata.

En el colegio había aprendido que todos los barcos tenían que llevar una bandera y, como Ña Fragata no tenía ninguna, había decidido hacerle la bandera más linda del mundo, para cuando salieran juntos a navegar.

Su madre, a pesar de sus escasos medios, tenía unos pequeños trozos de tela, de siete colores distintos, que cosió con mucho cuidado, siguiendo las indicaciones de Nicolás. El niño le pidió que buscara una rama del tamaño apropiado y, puliéndola con mucho afán, hasta dejarla muy lisa y suave, pegó allí la bandera.

Ña Fragata, al recibir el obsequio, cambió su habitual sonrisa por emocionadas lágrimas. Cuando ya estuvo serena, besó al niño, prometiéndole que siempre llevaría consigo la hermosa bandera.

En efecto, por muchos años, todos los que vivió, se vio a Ña Fragata avanzar majestuosamente por las calles del pueblo, siempre sonriente, con su larga cabellera al viento, y llevando sobre su pecho la más hermosa bandera del mundo...